

Fronteras, poder y milicia en la España Moderna

Consecuencias de la administración militar en las poblaciones de la frontera catalano-aragonesa durante la Guerra de Secesión Catalana (1640-1652)

Porfirio Sanz Camañes

Universidad de Castilla-La Mancha

Departamento de Historia. Facultad de Letras

Av. Camilo J. Cela, s/n. 13071 Ciudad Real

Porfirio.Sanz@uclm.es

Resumen

Este trabajo analiza el papel de la «frontera» desde una múltiple perspectiva, enriquecida al mismo tiempo con los conceptos de poder y milicia en la España del Antiguo Régimen. Por una parte, considera una serie de premisas que claramente determinan, modelan y ayudan a explicar el significado de «frontera», tales como el arraigado localismo, la geografía política, su papel activador de la personalidad de los pueblos y de las naciones, el componente bélico y el complejo mosaico de jurisdicciones sobre el territorio. Además, profundiza en el carácter de las fronteras «interpuestas» y de los poderes «enfrentados» en el Aragón del siglo XVII. Se ocupa, posteriormente, de analizar las consecuencias de la administración de guerra sobre las poblaciones de la «frontera». Y por último, pretende explicar los cambios inherentes a la presencia francesa en las poblaciones aragonesas ocupadas de la «frontera», sobre las que se implantó un régimen castrense con unas peculiares consecuencias para la vida de estas villas y lugares, desarticulando política, social y económicamente la vida de sus poblaciones.

Palabras clave: Aragón, Cataluña, Austrias, Milicia, frontera, Guerra de Cataluña, 1640-1652.

Resum. *Fronteres, poder i milícia a l'Espanya Moderna. Conseqüències de l'administració militar a les poblacions de la frontera catalanoaragonesa durant la Guerra de Secessió Catalana (1640-1652)*

Aquest article analitza el paper de la «frontera» des d'una perspectiva múltiple, enriquida pels conceptes de poder i milícia a l'Espanya de l'Antic Règim. D'una banda, considera una sèrie de premisses que clarament determinen, modelen i ajuden a explicar el significat del mot «frontera»: el localisme arrelat, la geografia política, el paper activador d'aquesta en la personalitat dels pobles i de les nacions, el component bèl·lic i el complex mosaic de jurisdiccions sobre el territori. D'una altra banda, aprofundeix en el caràcter de les fronteres «interposades» i dels poders «enfrentats» en l'Aragó del segle XVII. Posteriorment, s'ocupa d'analitzar les conseqüències de l'administració de guerra sobre les poblacions de la «frontera». Per últim, pretén explicar els canvis inherents a la presència francesa a les poblacions aragoneses ocupades de la «frontera», sobre les quals es va implantar un règim militar de peculiars conseqüències per a la vida de viles i llocs. Aquest règim desarticulava políticament, socialment i econòmicament la vida de tals poblacions.

Paraules clau: Aragó, Catalunya, Àustries, milícia, frontera, Guerra de Catalunya, 1640-1652.

Abstract. *Borderland, power and warfare in Spain during the Early Modern Age. The consequences of military administration in the Catalan and Aragonese borderland during the War of Catalan Secession (1640-1652)*

This paper analyses the frontier role from a multiple perspective, where concepts such as Power and Army are very important to explain this role on the Old Regime's Spain. On one side, it is necessary to remark some items that clearly help to explain the broad meaning of «frontier», such as the deep local life, the political geography, their role as a strong personality on countries and nations, the military component and the complex jurisdictions on the land. On the other side, this paper analyses the role of the «overlay» frontiers and the «confronted» powers along the frontier in the kingdom of Aragon during the XVII Century. The author gives some explanations of the military administration on the villages and cities of the «frontier». Finally, the paper deals with the French occupation of the Aragonese cities on the frontier, in which military government was held. Political, social and economic aspects of the current life were clearly changed, as it is explained, during this French occupation.

Key words: Aragon, Catalonia, Hapsburgs, Army, frontier, War of Catalonia, 1640-1652.

Sumario

Fronteras, límites y espacios de confrontación	La presencia francesa en las poblaciones aragonesas ocupadas de la «frontera»
Fronteras «interpuestas» y poderes «enfrentados» en el Aragón del siglo XVII.	A modo de epílogo
La administración de guerra sobre las poblaciones de la «frontera»	Bibliografía citada

La «era de la globalización» en la que nos encontramos debería *a priori* rebajar el nivel de cualquier debate que quisiéramos abrir entorno al estudio de la «frontera» o las «fronteras». Sin embargo, no es menos cierto que en nuestra sociedad actual la intervención del Estado, nacional o supranacional, ha permitido que se desarrollen distintos procesos económico-sociales para los que han aparecido numerosas regulaciones, limitaciones e incluso formas legales de exclusión. En este sentido, las fronteras pueden ampliarse, desplazarse y trazarse nuevamente pero es difícil que lleguen a desaparecer puesto que constituyen una parte de la vida social y de la realidad identitaria de las naciones.

Los estudios sobre las fronteras se han multiplicado en los últimos años y, en buena parte, se ha debido al impulso recibido gracias a los estudios norteamericanos sobre la teoría de la frontera (Anzaldúa, 1987; Rosaldo, 1989; Hicks, 1991; Calderón y Saldívar, 1991; Behar, 1993; Wilson y Hastings, 1998). Desde que Turner formuló por vez primera, en 1863, que la frontera había contribuido claramente a la formación nacional o a la *Western frontier* (Turner, 1991), el debate teórico sobre la misma no se ha detenido. Por otra parte, la tradición puritana contribuyó a depurar el anterior espíritu expansivo y arriesgado del conquistador. De tal forma que quizá podríamos preguntarnos: ¿Hubo tantos conquistadores como fronteras?

Sea como fuere, la frontera se ha convertido a través de esta serie de obras en un elemento interdisciplinar en donde se condensan una serie de concepciones relacionadas con el sujeto, la historia y las distintas facetas de la cultura.

Los estudios de frontera europeos, afortunadamente, cuentan con muy buena salud (Alliès, 1980; Foucher, 1987; Assier-Andrieu, 1997; Nordman, 1998; Poujade, 1998). Contamos con publicaciones sobre fronteras «terrestres», como la centro-oriental europea frente a los turcos (Edelmayer, 2004), la conflictiva frontera con los Países Bajos durante el siglo XVI (Echevarría Bacigalupe, 1998), o las fronteras «marítimas» y «mentales», no menos activas, relacionadas con las sociedades de frontera en el Mediterráneo (Bunes Ibarra, 1989 y 1998; Alonso Acero, 2000). Con respecto a la etapa medieval, se han venido consolidando algunas investigaciones gracias a distintos foros y encuentros científicos, como los que se están manteniendo en la ciudad de Alcalá la Real, en Jaén. Una ciudad en la que, cada dos años, se tiene la oportunidad de reflexionar sobre la frontera, desde distintos puntos de vista, fundamentalmente bélicos, pero también de otro tipo, tales como: comerciales, sociales, etc.

El coloquio internacional en el que se presentó inicialmente este trabajo y el interés despertado en este mismo coloquio constituyen en sí mismo un valioso referente que debemos tener en cuenta¹. Por ello, las líneas de investigación en relación a la «frontera» o lo «frontero» pueden abarcar contornos muy amplios. Ortega y Gasset nos decía que «la frontera tiene un signo irónico», y ciertamente es verdad al menos si la entendemos desde la óptica de que precisamente por estar destinada a separar dos mundos, quienes habitan a uno u otro lado acaban por hacerse homogéneos (Torres Fontes, 2003:10). El uso de la comparación en los estudios de frontera, afortunadamente cada vez más numerosos, también permiten profundizar en el sentido de frontera ayudando a comprender el papel transformador de la misma. Una delimitación sobre la que se localizan y describen buena parte de los elementos defensivos y de toda una serie de funciones de una red castral fronteriza, amén de los aspectos relativos a la actividad y vida en la frontera.

Fronteras, límites y espacios de confrontación

Sin intentar profundizar en un análisis demasiado teórico del sentido de frontera, es obvio que su dimensión conceptual rebasa cualquier limitación estrictamente geográfica o espacial. Incluso entendida sólo desde un prisma territorial la categoría de frontera no es uniforme, porque podríamos hablar de «fronteras blandas» y «fronteras duras», de «fronteras activas» o «pasivas», de «fronteras calientes» o «frías», de «fronteras móviles» o «fronteras estables», o de «fronteras» sencillamente «olvidadas».

El *limes* romano, la raya islámica, la Marca Hispánica o cualquier límite o confín han determinado desde época antigua aquellos aspectos que separan y que de alguna manera han servido para crear claros componentes culturales y diferencia-

1. Coloquio sobre la frontera titulado: *L'frontière. Histoire, pensée et paysage*. XIV Cycle Manuscripts (5-8 mai 2008, Bellaterra, UAB) y *Colloque Perpignan* (8-10 mai 2008, Perpignan).

dores a uno u otro lado de la «frontera». En muchos de estos casos, la frontera ha intervenido en los procesos de poblamiento y, en ocasiones, ha determinado parte del entramado urbano, sobre todo, cuando a la fundación de una ciudad le ha seguido el establecimiento de un trazado bajo un patrón más o menos rígido. La frontera más que un hecho físico o de carácter político, se ha transformado en un agente de orden psicológico, social y cultural.

En la España del Antiguo Régimen hay que considerar una serie de premisas que claramente determinan, modelan y ayudan a explicar el significado de «frontera»:

En primer lugar, debemos tener en cuenta el arraigado localismo existente en la sociedad española del Antiguo Régimen. Un localismo que tiene también sus componentes en lo político. Este profundo localismo tiende a difuminar la conciencia de frontera, ya que desde este punto de vista, las fronteras políticas no están tan claramente diferenciadas. Por ello, esas tierras de «no/frontera» o «tierras de nadie» han sido en ocasiones lugares de fecunda convivencia, como sucedió con las luchas entre moros y cristianos de la España medieval. Las tierras y ciudades que se apellidan «de la frontera», indican precisamente la finalización de un proceso de estabilidad en la zona, más allá de lo que pudiera pensarse. Convivencia, solidaridad e interdependencia, son también asimilables a los procesos fronterizos, de los que tenemos numerosos ejemplos (Poujade, 2000). En muchos casos, la frontera no actúa con un efecto disolvente o separador, al contrario, la linde es el que ha originado determinados procesos de permeabilidad y tiene un importante efecto de convergencia. Sirva de ejemplo lo que sucedía con los tratados de buena correspondencia (la *conversa*) que interrumpía las hostilidades entre gran parte de los territorios vascos y en todo el reino navarro, con las tierras situadas al otro lado de la frontera en suelo francés (Rilova, 1999: 114). En el caso del Pirineo aragonés, que conozco algo mejor, el problema se producía con el cierre de los puertos de montaña en épocas de guerra, situación que sensibilizaba tanto o más a la población aragonesa que el propio conflicto bélico hispano-francés. ¿Dónde estaba la verdadera frontera? ¿En las nuevas directrices políticas gestadas en la Corte madrileña o en las tradiciones centenarias adquiridas en los pactos acordados por los montañeses? Desde un punto de vista estrictamente mercantil, no hay menos frontera entre Castilla y Aragón que entre Aragón y Beárn, en Francia, por mucho que hablemos de Estados diferentes. En consecuencia, la denominada *porosidad de la frontera*, permitió, en muchos casos, que imperase el respeto a los acuerdos y derechos de paso, llamados «pacerías», como sucedió entre Aragón y Beárn (Poujade, 1998).

En segundo lugar, la geografía política, siguiendo un uso convencional, ha distinguido los «límites» de las «fronteras» (Gottman, 1973). El primer concepto parece ser más restrictivo frente a un segundo concepto que, según una parte de la historiografía, tiene una mayor dimensión política, militar, económica o simplemente espiritual (Fawcett, 1918; Boggs, 1940; Prescott, 1965; Lattimore, 1967; Guichonnet y Raffestin, 1974). La «frontera» genera en quienes incide unas condiciones de vida que terminan plasmando características intelectuales de gran importancia. Por ejemplo, las obras de los viajeros del período colonial en adelante describen ciertos rasgos comunes (la rudeza y la fuerza combinadas con la

agudeza y la curiosidad, la disposición mental práctica, el individualismo dominante, etc.), algunos de los cuales sobrevivieron también cuando se dio una organización social más elevada (Turner, 1991). Podríamos decir, siguiendo a Turner, que desde que la flota de Colón entró en las aguas del Nuevo Mundo, América fue otra cosa, y los Estados Unidos asumieron la expansión incesante que no sólo había sido accesible a todos sino que ha sido inevitable para ellos (Turner, 1991: 43). Por otra parte, volviendo a las dos definiciones anteriores, las de «límites» y «fronteras», los Pirineos sirvieron durante muchos años de límite entre dos reinos pero la frontera que formalmente los separó se configuró gracias a los Tratados de Bayona, una vez se había atestiguado la creciente politización de las fronteras nacionales que daba sentido a la expresión de la soberanía nacional territorial (Sahlins, 1989). Por ello, cuando nos referimos a los poderes en frontera o poderes enfrentados, como señalamos en algún lugar de este trabajo, lo «frontero» se convierte en lo «contrario», pero también en lo «contiguo». Sin embargo, debemos apreciar la diferencia de valor entre dos conceptos cuya delimitación no es siempre suficientemente clara: el de poder y el de autoridad. El poder es la aptitud o capacidad de acción o ejecución. La autoridad emana del poder, en otras palabras, es la que permite traducir, administrativa y legalmente, esta capacidad. Cuando sucede al contrario y es el poder el que emana de la autoridad, el régimen establecido se aleja del régimen político en que descansa la voluntad popular. Por ello, cuando aparecen poderes enfrentados a lo largo de la frontera, de alguna forma lo político, lo social, lo económico y lo cultural, también se «superponen».

Además, la frontera activa la personalidad de los pueblos y de las naciones, pudiendo alimentar los llamados «espacios de confrontación» o «superficies de fricción», a diferencia de las zonas «sin frontera» que promueven entre los pueblos determinadas inercias o los hace sencillamente más industriosos. Los perímetros fronterizos pueden llegar a ser o convertirse en la clara expresión de las sensibilidades de cada pueblo incidiendo en su componente nacional (Ranum, 1975; Smith, 1982; Anderson, 1983; Kohn, 1984; Beaune, 1986; Cohen, 1986; Gellner, 1988; Hobsbawm, 1991). Sirva de ejemplo como en determinadas épocas de la historia europea, el Rin, los Pirineos, el Canal de La Mancha, los Cárpatos, los Urales o el Mediterráneo, han llegado a reflejar todos ellos espacios de tensión fronteriza. En consecuencia, la *soberanía* confiere un carácter absoluto a la definición de frontera (Sahlins, 1989). La frontera puede infringirse, lo que conlleva un abuso en el ámbito de la soberanía del «otro». La existencia del «otro», el reconocimiento de su alteridad y el respeto de su identidad, nos llevaría a reconocer los conceptos de inclusión y exclusión (Büschges y Langué, 2005). En este sentido, el «nosotros» y el «otro» puede entenderse en los mismos límites de la enunciación de la cultura (Johnson y Michaelsen, 2003: 25). No es de extrañar que, en nuestros días, ciertas categorías supranacionales hayan reforzado los sentimientos de identidad colectiva y hayan apurado los debates sobre aspectos diferenciadores que han estado en el fondo de la búsqueda de términos como «nación» y de debates por la «autodeterminación» (Armstrong, 1982), donde se sitúe la base en la elección del futuro y en la consideración de que el poder depende de la voluntad «nacional», entendiendo la soberanía nacional con un sentido exclusivo y por lo tanto excluyente

de tipo «soberanista». Aplicando estos conceptos a las nuevas fórmulas jurídicas aparecidas durante la Edad Moderna es más fácil entender los distintos componentes que explican el concepto de naturaleza, es decir, de los vínculos que venían a determinar la pertenencia a una comunidad política o favorecían la integración del natural en el reino, tales como: el origen (*ius sanguinis*), o la procedencia geográfica (*ius soli*). A estos criterios se añadía en el caso aragonés, el de *vicinitas*, residencia o domicilio efectivo, a través de la figura del vecino en el ámbito comarcal o local (Pérez Collados, 1993). Estas actitudes han sido consideradas «indigenistas» y están en consonancia con las tendencias de la época, por lo que en ningún caso pueden considerarse exclusivas del reino de Aragón, como se deduce de la nutrida legislación desarrollada por entonces (Sanz Camañes, 1999).

A ello se une el factor bélico. Como ha señalado Lucien Bely, en la aportación de este mismo volumen, la guerra legitima la acción política en los tiempos modernos. Si como sostenía Treistchke, es la guerra lo que convierte a un pueblo en nación, podríamos indicar que el poder militar es el menos permeable a la frontera, a lo largo de la cual se predisponen una serie de poderes o fuerzas a lo largo de un espacio definido y que actúa de elemento separador. Sin embargo, la frontera ejerce también un hinterland sobre su entorno circundante. Correspondería a los «efectos colaterales» de los conflictos de los que se habla hoy en día. Sirva el ejemplo de lo sucedido en la frontera luso-extremeña durante la guerra de secesión portuguesa (Valladares, 1994 y 1998a). A diferencia de la activa frontera catalano-aragonesa, donde la guerra se acabó convirtiendo en un elemento cohesionador de políticas dispersas (Jané Checa, 2006: 102), durante las décadas de 1640 y 1650, la raya con Extremadura se convirtió en una «frontera» prácticamente «olvidada» o «guerra olvidada» *strictu sensu* militar (Valladares, 1998b).

Quizá se produjo aquí una jerarquía de fronteras o una priorización de intereses, por parte de la Monarquía española, concediendo una mayor prioridad a la «pacificación» del conflicto catalán frente al lusitano. El primero, tenía, en apariencia, mayores riesgos porque podía internacionalizarse con mayor rapidez dado el interés de París por desestabilizar a la Monarquía española en uno de los territorios que venía mostrándose más sensibles a las políticas reformistas de la Corona. El conflicto portugués, a priori, se mostraba más aislado, y con un menor apoyo internacional, lo que podía permitir a la Corte española albergar esperanzas de una recuperación posterior. La extensa frontera con Portugal tendrá en el frente extremeño, el escenario prioritario (Cortés Cortés, 1985), mientras los esporádicos conflictos en los frentes gallegos, castellano o andaluz, no harían sino confirmar la estrategia de Lisboa con respecto a la guerra. A excepción del encuentro militar de Montijo, en 1644, en tierras extremeñas, el resto de los combates se definen en el primer lustro de la década de 1660, en tierras portuguesas: Elvas (1659), Ameixial (1663), Castelo Rodrigo (1664) y Montes Claros (1665). Cinco batallas o acciones bélicas a considerar en casi tres décadas de guerra no parecen conceder la suficiente entidad al conflicto luso-castellano. Sin embargo, frente a la victoria simbólica o ejemplar, se busca debilitar al enemigo, desgastarlo psicológicamente, arruinar las actividades agrícolas y ganaderas, dificultar los intercambios comerciales, en definitiva, su ruina económica. La ciudad de Badajoz, próxima a la frontera, con-

templará un paulatino despoblamiento que alcanzará cifras cercanas al 50% hacia 1646. En la villa de Cáceres, la presión bélica y militar originará distintos movimientos de protesta ciudadana, con el impago de los acuartelamientos de los soldados y diferentes enfrentamientos institucionales con el Auditor General y el Corregidor. Sea como fuere, las derrotas en la Extremadura portuguesa, especialmente la de Elvás, hizo patente a todos la descomposición interna de la Monarquía española, su agotamiento material, y lo que era más grave, el cansancio, la desilusión y la falta de reacción de un pueblo ante una interminable guerra (Domínguez Ortiz, 1984: 181).

Por último, debemos considerar seriamente el complejo mosaico de jurisdicciones sobre el territorio, manifestado en una múltiple administración, y dirigido a mantener el gobierno de la legalidad vigente. En el caso aragonés, el poder local, de índole municipal, estaba firmemente asentado sobre unos privilegios políticos muy arraigados y cuya expresión legal, a través de las «ordenaciones», tenían su manifestación institucional en la propia Diputación del General, institución de gobierno y administración para todo el reino (Sesma y Armillas, 1991). A un segundo nivel, la administración real en el reino, representada por un virrey, un gobernador, un juez ordinario y una serie de agentes distribuidos por las bailías, símbolos del poder de la Monarquía y defensores de las regalías de la misma. Por último, debe considerarse la diferente implantación de un régimen señorial en el reino, con señoríos laicos, de realengo o eclesiásticos (Colás y Salas, 1982). La superposición de este tipo de jurisdicciones en la Edad Moderna, tanto en el terreno militar (Capitanía General y jurisdicción del reino), como en el ámbito de lo político y jurídico (Justicia de Aragón frente a la Real Audiencia), unido a la diferente potestad legal (fueros aragoneses frente a el uso de pragmática real en Castilla) y la distinta organización económica en el ámbito monetario (ducado castellano frente a la libra aragonesa) permiten explicar la «superposición de poderes» en el Aragón de la Edad Moderna.

Fronteras «interpuestas» y poderes «enfrentados» en el Aragón del siglo XVII. La administración de guerra sobre las poblaciones de la «frontera»

Durante el siglo xv y hasta los Reyes Católicos, Aragón se vio sometido a un constante dinamismo bélico con continuas luchas sostenidas por el largo pleito de los Trastámaras. El dispositivo defensivo de Aragón, formado por milicias señoriales y concejiles que podían actuar en ocasiones por iniciativa propia, o constituido por los servicios de levás ofrecidos en Cortes, tenía un carácter eventual, escasa organización y carencia de medios, hechos que originaban su desaparición, una vez pasado el inminente peligro del enemigo (Valenzuela Fuertes, 1967). En consecuencia, la «permeabilidad» de la frontera hispano-francesa por el reino de Aragón quedaba atestiguada por numerosos ejemplos desde época medieval (Sanz Camañes, 2006: 287).

La última década del quinientos fue prolija en acontecimientos tumultuosos para Aragón en sus relaciones con Madrid. La incorporación del Condado de Ribagorza a la Monarquía, en 1590, terminaba por dirimir una espinosa disputa

entre rey y reino, mientras las revueltas campesinas habían llevado la inestabilidad a toda la zona (Sanz Camañes, 2006). Las alteraciones aragonesas del año siguiente (Gascón Pérez, 2003) y los sucesos relativos a la invasión de Aragón por el ejército de don Alonso de Vargas (Gracia Rivas, 1992), volvieron a activar nuevamente en una frontera, en este caso, «olvidada» los conceptos de frontera y milicia.

Por otra parte, las tensiones religiosas en Francia explicaban la preocupación existente en Madrid con respecto a un reino cuya frontera con Francia era más ficticia que real y sobre la que había que intervenir con nuevas políticas defensivas frente a la amenaza hugonote (Gascón Pérez, 2008). El dispositivo defensivo establecido a finales del siglo XVI por un ingeniero militar italiano al servicio de Felipe II, Tiburcio Spanochi, terminaría por salpicar de baluartes y torres defensivas el Pirineo, asegurando los pasos fronterizos con Francia «por las consecuencias que se pudieran derivar» y convirtiendo a Jaca en el eje de todo este sistema defensivo (Solano Camón, 1986: 93-95).

En el Aragón de comienzos del siglo XVII quedaban claramente atestiguadas cuales eran sus demarcaciones fronterizas. El reino limitaba con el Principado de Cataluña y el reino de Valencia, al este, con Castilla y Navarra, al oeste, y con Francia, el escenario que más podía amenazar a los aragoneses, al norte. Precisamente desde las primeras décadas del siglo se hizo patente que el reino se vería arrastrado por los intereses y objetivos que para su defensa se estaban gestando en la Corte. Tras la invasión de la Valtelina por los franceses, en 1625, volvió a cuestionarse el dominio español sobre el norte de Italia, lo que enturbió nuevamente las relaciones hispano-francesas y llevó a la preparación de un plan de defensa de Aragón ante un hipotético conflicto armado con Francia (Dadson, 1987).

A finales de la siguiente década, una vez sustanciada la declaración de guerra con Francia, en 1635, el avance francés sobre Fuenterrabía y Salses apeló a la llamada de la Monarquía para concertar voluntades en aras a una defensa general, mientras el lento dispositivo organizativo, en el caso catalán, y el recurso a los fueros esgrimido por aragoneses y valencianos restó, sin duda, efectividad a los contingentes militares finalmente levantados (Solano Camón, 1987).

El inicio de la conflagración hispano-francesa, en 1635, y la rebelión de portugueses y catalanes a comienzos de los 40, elevó sobre manera la presión fiscal sobre el resto de los reinos de la Monarquía (Elliott, 1984). En el caso de Aragón, el cuantioso servicio solicitado en las Cortes de 1626 agravaría ostensiblemente la situación de los aragoneses que veían comprometido su futuro durante los próximos quince años (Colás Latorre y Salas Ausens, 1975) y que de alguna forma se vería arrastrado a la defensa de unos intereses generales, o de Estado. El reino de Aragón aproximaba sus posiciones a la Corona tras los inciertos momentos de 1640 (Solano Camón, 1991) a través de los conceptos de «conservación» y «defensa» que sirvieron para el estrechamiento de los lazos y de la colaboración entre las elites del reino y de la Corona (Gil Pujol, 1992), como se pudo materializar, poco después, en las Juntas de 1641 (Solano Camón, 1987: 134-145). Por último, con la expansión del conflicto catalán por la frontera oriental aragonesa la Monarquía

española se veía en la necesidad de precaver una precipitada defensa ante la carencia de recursos y medios humanos, frente a la frontera pirenaica en teoría más organizada desde el punto de vista geoestratégico (Solano Camón, 1986: 104-105).

Para entender el papel de la guerra, de la administración militar y de sus repercusiones en Aragón, no debemos olvidar la situación socio-económica por la que atravesaba la Monarquía hispánica (Ruiz Martín, 1990) y el propio reino de Aragón, sobre el que la presión fiscal se iba a agudizar a partir de 1625, a resultas de la política promovida por Olivares en su Unión de Armas. El escaso rendimiento que los ingresos de la Corona obtenía del reino, por vía de su patrimonio real (Sanz Camañes, 1990), obligaba a acentuar la presión fiscal *intra* y *extra* Cortes. La ciudad de Zaragoza capitalizaría buena parte de esta colaboración con continuos subsidios y donativos a la Corona (Jarque Martínez, 2007). Aunque no contamos con cifras estimativas del esfuerzo aragonés a lo largo del conflicto secesionista catalán, conocemos por la debilidad del tejido concejil a finales de los 50 (Salas Ausens, 1992) que, se demostraba con evidencia, la pesada carga que la guerra había comportado para los habitantes del reino (Dormer, 1684). El fenómeno bélico, la peste bubónica entre 1648 y 1654, la despoblación del reino, la crisis económica y manufacturera, fueron teselas de un mismo mosaico que dibujaron un cuadro preocupante para las décadas venideras. En cualquier caso, este *modus operandi* de tinte claramente absolutista resultaba, por otra parte, común en cualquier rincón de Europa (Collins, 1988).

En el ámbito estrictamente militar, las repercusiones de la administración de guerra en el Aragón del siglo XVII se dejaron sentir más allá del impacto que tuvieron los alojamientos para el entorno local y su influencia se extendió todavía más cuando los recursos destinados al mantenimiento de la milicia escaseaban. No debemos olvidar que con respecto a otros períodos anteriores había más soldados y más armas, lo que elevaba los costes finales originando un desgaste financiero y militar que ponía a prueba a cualquiera de las monarquías europeas de la época, con partidas destinadas al gasto militar, por encima del 75% del total de los gastos públicos.

Cuando la tesorería militar, como resultaba con frecuencia, se dilataba en la paga de los soldados las consecuencias resultaban nefastas para la población civil, obligada a soportar la pesada carga de los alojamientos (Parker, 1990). La invasión de la frontera oriental aragonesa por las tropas franco-catalanas durante 1642 y 1643 trajo consigo unas nefastas repercusiones en el plano socio-económico para los aragoneses, con una inestabilidad política como telón de fondo (Solano Camón, 1987). A resultas del conflicto, Aragón se convirtió en un auténtico cuartel general de las tropas castellanas, como sucedió en distintos momentos con el reino de Valencia, o con las ciudades catalanas de Tarragona, Tortosa y Rosas, bajo dominio español.

La presencia de una u otra bandera sobre la población civil venía a tener consecuencias similares, salvando algunos desmanes que se cometían en las poblaciones ocupadas al enemigo, infringiendo severos castigos a sus habitantes. Baste recordar el motín popular contra las tropas valonas en Zaragoza, en 1643, (Maiso González, 1975) o las revueltas contra la ocupación francesa tanto en Aragón como

en Cataluña, durante los primeros años del conflicto (Sanz Camañes, 2001). Una situación que, por otra parte, era moneda de uso corriente en los ejércitos de la época como lo atestiguan las relaciones, panfletos y libelos que circularon por Castilla, Aragón y el Principado catalán por aquella época (Pladevall y Simón Tarrés, 1986).

Uno de los acontecimientos que más conmocionó a la opinión pública de aquellos años, relacionado con los atropellos de la milicia, fue el de las atrocidades cometidas durante el saqueo francés de la ciudad de Tortosa, en julio de 1648 (Sanabre, 1956). La propaganda católica seguramente aprovechó la ocasión para sacar partido y alimentar la libelesca antifrancesa ante algunas de las prácticas más habituales de una milicia descontrolada en tiempos de guerra como las del saqueo y el pillaje.

Los actos de profanación a que se vieron sometidas iglesias y conventos, el expolio masivo de las obras de arte religiosa y la venta pública o fundición de los ornamentos sagrados quedaban sintetizados en las palabras que el obispo de la ciudad dirigía al monarca poco después (Sanabre, 1956), para referirse a los «atrocísimos delitos y detestabilísimos sacrilegios» cometidos por el ejército francés a quien se comparaba con los «ministros del infierno».

No cabe duda que este tipo de acciones ayudaron a configurar una imagen del francés en España y en Aragón poco favorable a sus intereses. De hecho, el siglo XVII corresponde a una centuria plagada de conflictos hispano-franceses que permitió la fabricación y asimilación de la imagen del francés, como contrabandista, hereje y bandolero (Torres Sans, 2002: 355-356). Por último, a partir de la década de los años setenta, la política de corte agresiva auspiciada por Luis XIV, serviría para alimentar una mezcla de temor y odio hacia los súbditos de aquel país (Sanz Camañes, 2006).

La conquista de Tortosa se había visto empañada por tan execrables acciones, como señalaba el Consejo de Aragón y el propio monarca comunicaba a su consejera de Ágreda, apelando a una nueva razón católica de Estado que se incorporaba a la explicación del conflicto: «La ejecución de tales abominaciones ha mudado de calidad el motivo de la guerra de Cataluña, pues si hasta aquí se había peleado por el Estado, desde ahora se ha de pelear por la Religión Católica, que tan ofendida se halla en aquella ciudad...» (Sanabre, 1956: 417). Una situación ante la que el monarca no dudaba en empeñar su palabra con una clara convicción: «Se debe hacer el mayor esfuerzo posible para echar de aquella plaza y de toda la Provincia un enemigo de tan malas cualidades...» (Sanabre, 1956: 417).

Las situaciones de descontrol y desorden eran manifiestas y afectaban al curso cotidiano de las villas y ciudades, más aún cuando la tropa se alineaba en las poblaciones de frontera ante eventuales campañas militares destinadas a lograr un efecto simbólico con la toma de una plaza importante. Las campañas de Monzón y Lérida en la década de 1640 llegaron a reunir contingentes militares que superaron los 25.000 hombres, entre infantería y caballería de ambos bandos, una cifra muy estimable teniendo en cuenta los efectivos militares con los que contaban los ejércitos de la época (Parker, 1986). Unas concentraciones que plantearon, por otra parte, diversos problemas de intendencia al tener que atender al reclutamiento,

el abastecimiento, el alojamiento y el despliegue militar (Parker, 1990). El funcionamiento de la intendencia, clave para el abastecimiento de los ejércitos, dependía de la figura del asentista que aparecerá con cierta regularidad en el ejército desde la década de 1580 (Thompson, 1981). Las suspensiones de pagos y el retraso en las obligaciones financieras, según recogían los términos acordados en el asiento, disminuyó la confianza de los asentistas hacia la Corona y terminó por debilitar un sistema con problemas para movilizar a tiempo los necesarios recursos (trigo, cebada, pan de munición y otros productos) a cambio de la recepción de las consignaciones (Sanz Ayán, 1988a).

Las situaciones de hacinamiento, la desconfianza generada en Aragón ante tan incómodos huéspedes, las irregulares conductas de una milicia ingobernable, dejaron escritas numerosas páginas oscuras a mediados del siglo XVII. La relajación de la disciplina militar, atribuible a la soldadesca, sargentos y capitanes, podía encontrar su fundamento en una serie de frustraciones compartidas por la milicia con respecto a los arbitrarios nombramientos para escalar peldaños en la carrera militar, la falta de respeto de los soldados sobre sus jefes asignados, la conducta y corrupción de la oficialidad, el retraso en las pagas, la miseria y el hambre en que vivían. Pocos tratadistas militares se ocuparon de reflexionar sobre la naturaleza de la guerra que a la Monarquía hispánica le convenía desarrollar (Espino López, 2001: 77). Por ello, en más de una ocasión se intentaron justificar acciones vergonzosas, explicar extrañas conductas o esgrimir argumentos supuestamente razonables a favor de determinadas políticas. En suma, en el fondo de todo este tipo de actitudes estaba la difícil convivencia entre la milicia y la población civil a lo largo de todo el reino (Sanz Camaño, 2001).

En el caso de los valles aragoneses las consecuencias del conflicto franco-español también tuvo unas hondas repercusiones. Los valles aragoneses, situados entre dos poderosas monarquías, formaron parte del conjunto de estrategias político-militares diseñadas por ambas, dejando una carga poco soportable sobre sus habitantes (Poujade, 1998). Los pobladores del valle de Arán, al igual que otras comunidades montañosas del Pirineo, además de contribuir con las imposiciones fiscales, soportaron directamente algunas de las consecuencias de la guerra. Hacia 1640, como otras muchas guarniciones del Pirineo, ante la falta de numerario para mantener a sus tropas, se vieron en la obligación de alojar a la milicia en sus poblaciones incidiendo en los escasos recursos y hacienda de sus habitantes (Sanz Camaño, 1997a: 89-90). El alojamiento de los soldados sobre los montañeses aragoneses tuvo una serie de efectos perniciosos como el pillaje, el uso indiscriminado de los bagajes y la inseguridad en los tránsitos, alterando, en diversas ocasiones, la normal convivencia en el Pirineo con las protestas de sus habitantes que solicitaban la intervención real. Correspondieron a abusos de determinados maestros de campo y capitanes de plazas sobre algunos municipios circundantes, primero, de la frontera pirenaica y, después, de la frontera catalano-aragonesa.

Este ambiente crispado se analiza en numerosos memoriales de síndicos de villas y ciudades aragonesas dirigidos, primero, a las instituciones del reino, tales como el Justicia de Aragón y la Diputación y, después, al Virrey y al monarca, como recogían la mayoría de las misivas: «Se suplique a su Magestad en consi-

deración de lo dicho sea de su Real servicio hazer merced a este Reyno que de aquí adelante no haya en el alojamientos»².

La regulación de los alojamientos debía pasar por lo estrictamente recogido en el llamado «alojamiento foral», limitando, al mismo tiempo, los recorridos de la milicia por el interior del reino, dados los excesos cometidos contra los caminantes en los caminos, como en las cabañas contra pastores y ganaderos. También se hacía necesario el acuartelamiento de la tropa para evitar nuevas irregularidades y actos de vandalismo con la población. No parecía lógico, como señalaban algunos síndicos de la Castellanía de Amposta, que la supuesta defensa del territorio aragonés frente al invasor se acabara convirtiendo en la causa de la quiebra de sus haciendas municipales: «...siendo así que los alojamientos en aquella frontera entendían como la razón dicta que havian de servir para ayudar y socorrer a los inmediatos y que los naturales pudiesen recoger sus frutos y attender algo a sus labranças ben que solo tratan de sus regalos y pidir cosas imposibles, robar, quedarse en los pasajes con los bagajes, cargar y encaminarlos por poco espacio y a quien algo contradice traer toda la fuerza en ellos.»³

No era la primera vez que los desórdenes de una soldadesca incontrolada habían motivado actitudes revanchistas por parte de la población civil obligando a abandonar sus lugares de alojamiento a la tropa e incluso ajusticiando a algún soldado ante la pasividad de la jurisdicción militar para castigar estos excesos. Tampoco es de extrañar, precisamente por estas situaciones, que durante la década de 1640 afloraran distintos conflictos jurisdiccionales, entre la jurisdicción militar del reino y la de la Capitanía General, con objeto de dirimir las competencias en el ámbito de la administración militar y civil⁴.

Por ello, los mismos estamentos reunidos en las Cortes de Zaragoza, durante 1645-1646, aprovecharon la ocasión que le brindaba la asamblea aragonesa para forzar alguna solución de la Monarquía en unos momentos en que cualquier obstáculo a la concesión del real servicio podía tener unas nefastas consecuencias para los propósitos de la Corona⁵. Sin embargo, la definitiva convocatoria de Cortes, la presencia real en la asamblea aragonesa y el servicio acordado, no sólo fortalecieron la vía parlamentaria, sino que se convirtieron en el mejor mecanismo institucional para definir las relaciones entre ambas partes, la Monarquía y el reino de Aragón, terminando con las esperanzas gestadas por la diplomacia francesa años atrás de incorporar Aragón a la rebelión catalana (Solano Camón, 1987). La supuesta conspiración del duque de Híjar (Ezquerria, 1934), no pudo llegar en peor momento en el verano de 1648. Los ejemplos de agitadores individuales, como Iturbide en Navarra (Gallástegui Ucin, 1990), o colectivos como las rebeliones de Sicilia (Ribot García, 2002) y Nápoles (Villari, 1994), añadidos a los procesos secesionistas iniciados en Portugal y Cataluña, determinaron una cierta psicología

2. Archivo de la Diputación de Zaragoza [ADZ], Ms. 457. «Deliberaciones del Brazo de Nobles», Cortes de 1645. Zaragoza, 6-XI-1645. ff. 496r-496v.

3. ADZ., Ms. 722. f. 333.

4. Archivo General de Simancas [AGS], Sección de Guerra y Marina (Guerra Antigua). Leg. 1.711. Zaragoza, 3-XII-1649.

5. ADZ., Ms. 457. «Deliberaciones del Brazo de Nobles», Cortes de 1645. ff. 465v-467 y 474.

de la revuelta en la Corte. La Corona debía ensanchar otra de esas fronteras, la «socio-política», y promover la función integradora desde la Corte sobre los grupos dirigentes provinciales (Benigno, 1994). En este sentido, durante las últimas décadas han aparecido numerosos estudios incidiendo en las negativas consecuencias derivadas en aquellos territorios que estaban gobernados por un monarca ausente y que no tenían Corte propia. Una situación que ayuda a explicar las grandes rebeliones del siglo xvii que estallaron en Bohemia, Cataluña, Portugal, Nápoles y Sicilia (Molas Ribalta, 1996).

En suma, los problemas derivados de los alojamientos de tropas, no fueron ni mucho menos exclusivos del reino aragonés como puede deducirse de lo que venimos diciendo. Al otro lado de la raya de Aragón, en el Principado catalán, se venían produciendo situaciones similares con los desmanes de una milicia mal aprovisionada e impagada, en este caso del ejército francés y de los miqueletes catalanes. Los casos de la villa de Cervera, en la línea fronteriza de Lérida y el Cinca Medio, y el condado del Rosellón, son lo suficientemente ilustrativos. La villa de Cervera sufrió durante todo el siglo xvii diversas situaciones, catalogadas de preocupantes por sus autoridades concejiles, al afrontar casos de bandolerismo, pestes, malas cosechas, nuevas tasas fiscales y el alojamiento de tropas, viéndose en la obligación de proporcionar a los soldados una serie de servicios que iban más allá del estricto «alojamiento foral» (Sanz Camañes, 1997a). Por otra parte, los alojamientos tampoco se abandonaron tras la capitulación de Barcelona, en 1652, como demuestran numerosos ejemplos constatados en las villas de Ripoll, Collsacabra, Olot, Vic y otras poblaciones a lo largo del Rosellón (Sanabre, 1970: 71).

Precisamente el repliegue de fuerzas francesas hacia el Rosellón conllevaría la aparición de distintos abusos por parte de la soldadesca (Sanabre, 1985) y, a su vez, de una situación de galofobia claramente atestiguada a finales del siglo xvii (Ferrer, 2001). El juego propagandístico, las tensiones protestantes y el bandolerismo de frontera, sumados a los primeros resultados de la política de Olivares, no ocultan cierta aproximación en aras a la negociación entre los representantes catalanes y franceses (Jané Checa, 2006: 94). Por otra parte, los inmigrantes llegados de Barcelona, Lérida y de otras ciudades catalanas se instalarán en Perpiñán, iniciándose un proceso de «afrancesamiento». El Rosellón se convierte en un laboratorio de experimentación de la Monarquía francesa, donde a los cambios políticos se suceden los de tipo institucional, con una política de represalias y recompensas, la política lingüística y de enseñanza, en la religiosidad, en el imaginario colectivo, etc. (Jané Checa: 2006). La implicación francesa en los problemas de Cataluña y la política de manipulación seguida desde París a través de las élites catalanas, terminará gestando las raíces de una identidad colectiva catalana. En especial, la política de Luis XIV en Europa y particularmente en Cataluña aunó distintos elementos dispersos de discordia existentes en la sociedad catalana —entre ellos la guerra, el poder, la religión, el derecho o la lengua— para promover una serie de hechos transversales que podrían haber llevado a que germinase esa identidad, o más aún a la formación de una conciencia colectiva catalana provocando la afirmación de una identidad catalana o «contraidentidad» frente al francés (Jané Checa: 2001).

La presencia francesa en las poblaciones aragonesas ocupadas de la «frontera»

La Corona emitió numerosos bandos y disposiciones restrictivas contra los inmigrantes extranjeros, fundamentalmente ingleses, franceses y holandeses, dependiendo de la coyuntura política por la que atravesó España a lo largo de los siglos XVI y XVII. Sin embargo, la serie de bandos y decretos prohibiendo el comercio con Francia emitidos en Madrid tuvieron dificultades de aplicación en algunos reinos fronterizos como Aragón por varias razones. En primer lugar, porque el deterioro de las relaciones hispano-francesas, la proliferación de la delincuencia y el bandolerismo, la actividad militar de la frontera, debieron repercutir en el distanciamiento de regiones, como el Bearn y la Gascuña con respecto a Aragón y Cataluña, pero el tráfico mercantil y el contrabando nunca se interrumpieron. De hecho, como hemos señalado, las comunidades montañosas que vivieron a ambos lados de la frontera estaban demasiado acostumbradas a vivir al margen de las decisiones tomadas en Madrid y en París. También, por el complicado marco jurisdiccional que interpuso intereses muy distintos entre la Corona y el reino, en defensa de sus prerrogativas. Por ello, frente a las instituciones centrales en Aragón, que siguieron por lo general las directrices de Madrid, tanto la Diputación del reino como la ciudad de Zaragoza, jugaron las bazas del reino, a pesar de atender a posiciones claramente divergentes. Por último, los grupos de presión creados al calor de estas dos instituciones aragonesas citadas, la Diputación y el municipio de Zaragoza, se encontraron con distintas actitudes y políticas a seguir con respecto al tráfico mercantil de los franceses asentados en Aragón (Redondo Veintenillas, 1977). Los bandos del reino y los de carácter municipal, las órdenes y las disposiciones forales no evitaron el fortalecimiento de posturas antagónicas que tuvieron que dirimir, en ocasiones, sus querellas ante la Corte del Justicia de Aragón.

Con respecto a la colonia francesa en Aragón (Gómez Zorraquino, 1987), los numerosos conflictos mantenidos durante el siglo XVII y más aún desde 1635 en que se produjo la declaración de guerra entre ambas naciones, favoreció la activación de determinadas medidas de embargo y restricción hacia los habitantes galos. En numerosas poblaciones aragonesas se emitieron pregones en contra de los franceses, vigilando si tenían armas en su poder y obligándoles a abandonar algunas localidades si su asentamiento en la población era reciente. La propuesta de un desarme general de los franceses, en 1639, y distintas formas de contribución impositiva se hacen en unos años donde menudean los ultrajes e insolencias contra ciudadanos franceses (Sanz Camañes, 2006). En algunas ocasiones, se estudió incluso la conveniencia de la expulsión de los franceses de Aragón, desde la década de 1640, a pesar de levantarse en su favor algunas voces, señalando que constituirían una de las bases económicas del reino. Aunque la idea de la expulsión fue desterrada, se les declaraba enemigos con tal reiteración durante las sucesivas décadas con medidas de represalia que incluían los embargos, la tributación impositiva y la incautación de cualquier arma que se les encontrase. Situaciones que volverían a repetirse con el recrudecimiento de la lucha hispano-francesa en tiempos de Luis XIV (Sanz Camañes, 2006).

Desconocemos realmente muchos aspectos relacionados con la presencia francesa en Aragón durante los primeros años de la década de 1640 aunque cabe entender que el régimen castrense implantado en diversas villas y lugares, durante más de año y medio de ocupación francesa, debió originar unas perniciosas consecuencias para la vida de estas villas y lugares, desarticulando política, social y económicamente la vida de sus pobladores (Sanz Camañes, 2001).

En el ámbito político, los gobiernos municipales aragoneses legítimamente constituidos antes de la guerra quedaron disueltos tras la ocupación militar teniendo que esperar casi una década, en las postrimerías de la Guerra de Secesión catalana, para que la vida política y administrativa se restituyese, como sucedió con las villas de Binéfar, Almunia de San Juan y Tamarite de Litera. No se hicieron esperar los cambios en la toponimia de estas poblaciones de «frontera», como sucedió con Monzón rebautizada con el nombre de Villafranca de la Mota, y en la memoria histórica de algunas villas, cuyos ejemplos palpables se observaron en la destrucción de sus archivos.

Entre las repercusiones de la administración de guerra, cabe citar de forma significativa la intensificación de la política de represalias en el ámbito comercial a ambos lados de la frontera, mucho más clara desde la caída de la villa de Monzón. La frecuente emisión de pregones en contra de la numerosa colonia francesa en Aragón, así como la vigilancia de sus ciudadanos en la posesión de armas alcanzó cotas hasta entonces desconocidas. La presión social llegó, en algunos casos, a obligarles a abandonar algunas localidades si su asentamiento en la población era reciente. Se constataron ultrajes e insolencias contra los originarios de aquél país, al menos así se desprende de las medidas tomadas por muchos concejos aragoneses. En el terreno legal, se produjo un recorte a una serie de derechos civiles ganados con el tiempo por la colonia gala que determinó la aprobación de una disposición foral en las Cortes de 1646, con el título: «Quod extraneus a regno et alienigenis ad officia non admittendis»⁶, por la que se impedía foralmente a los extranjeros (con especial referencia a los franceses) y a sus descendientes, hijos y nietos, —aunque fuesen nacidos en el reino y casados con mujer natural— la ocupación de cualquier puesto en Aragón, ya fuera de carácter general o local. En otras palabras, el oriundo aragonés podía conocer mejor la legislación aragonesa y, en consecuencia, «observar y guardar mejor sus leyes privativas» (Pérez Collados, 1993: 37). Esta ley, según Ignacio de Asso, «dictada más por el odio que por la razón» contribuyó con el paso del tiempo a la despoblación del reino, estorbando que muchos franceses hiciesen casas y establecimientos en Aragón (Asso, 1798: 206). Por ello, las oportunas reflexiones vertidas por cronistas y arbitristas, venían a considerar a los franceses como a un «mal necesario» con el que había que convivir. Esta coexistencia pacífica entre aragoneses y franceses, aunque salpicada de conflictos y fricciones, no determinó en mi opinión que a la muerte del último de los Austrias, Aragón jugase la baza de la continuidad dinástica en el reino.

En el ámbito socio-económico, se produjo una salida masiva de pobladores en los lugares afectados. En Monzón, tuvieron que abandonar la villa algunas familias

6. ADZ., Ms. 734. ff. 2095-2095v.

de notable raigambre, como los Serra, Altarriba, Bernad, Ballabriga, Crejenzán, Nogueras, Balonga, Ramiz, García y Guillemna. Las ciudades de Huesca, Zaragoza y Barbastro, por su parte, recibieron a buen número de inmigrantes de la comarca de La Litera y de su prolongación hasta la ribera oriental del río Cinca (Salas Ausens, 1981).

Todo parece indicar, aunque debemos hacerlo con precaución en cuanto a las cifras, que la Guerra de Secesión supuso, al menos entre 1641 y 1644, la peor catástrofe demográfica para muchas de las poblaciones aragonesas de la frontera, entre ellas la villa de Monzón que vería reducida su población tras la epidemia de tabardillo, de 1585, y la expulsión de los moriscos, de 1610. De la misma forma, al producirse la liberación de la ocupación francesa de Binaced, Valcarca y Ripol, los nuevos pobladores se encontraron unos concejos despoblados. Por ello, no sería hasta la finalización del conflicto catalán en 1652, cuando los vecinos de estas poblaciones retornaran a sus hogares destruidos e iniciaran unas tareas de recuperación sobre unos concejos claramente empobrecidos (Español Muzas, 1954).

Entre las repercusiones económicas de la guerra, deben citarse la actitud de las tropas invasoras que también obligó a los habitantes de las comarcas aragonesas a abandonar el cultivo de sus campos (Sanabre, 1956: 210). Los saqueos, incendios y talado de los campos, despoblaron numerosos lugares, entre ellos, los de Alcott, Alfages, Vencillón y La Figuera, cerca de Binéfar; las aldeas de Oliols y Algayón o los caseríos de Miporqué, Cornovis, Cuquet y Tusal, en las proximidades de Tamarite de Litera; Ráfades y La Coscullola, en los términos de Esplús; y el lugar de Piñana, perteneciente al marqués de Alfarrás. Otros que se habían despoblado por la expulsión de los moriscos ya no se recuperaron, como sucedió con los de Cardosa, Regero, Cajón, Saraballa, Lax y Las Cellas, todos ellos en las cercanías de Monzón, cuya importante aljama también fue despoblada. Dada la difícil coyuntura por la que atravesaron estas poblaciones, sometidas a hierro y fuego por las fuerzas franco-catalanas durante la guerra, se las autorizaba, nuevamente, al uso de los llamados estatutos criminales.

De igual manera, todo parece indicar que se produjo una desarticulación comercial entre las poblaciones aragonesas bajo administración militar francesa y las que no lo estaban, al quedar las vías de comunicación, tanto con Zaragoza, como con otras poblaciones circundantes de Barbastro, Lérida y Fraga, generalmente interrumpidas, situación que debió dejar bajo mínimos la celebración anual de las ferias de San Mateo de septiembre de 1642 y 1643 de tanta importancia en las comarcas de Somontano, La Litera, Ribagorza y Cinca (Oliveros de Castro, 1964). El tránsito de postas que se dirigían desde la Corte a Barcelona y otros territorios italianos o alemanes, se hicieron, desde la ocupación francesa de Monzón, a través de Fraga (Berenguer Galindo, 1998).

La frontera se convirtió en un «agente transformador» para algunas villas como la de Fraga, que pasó a convertirse durante aquellos años en cabeza de puente para doblegar a los rebeldes catalanes. Muchas de las viviendas de la villa quedaron convertidas en depósitos de palas, picas, carabinas, mosquetes, arcabuces, pólvora, cuerda, balas. Otros edificios, como la iglesia de los capuchinos por ejemplo, servirían como positos del trigo y la cebada para el abastecimiento del ejército mientras

las casas abandonadas o medio derruidas se destinaron al cobijo improvisado de muchos soldados (Otero Carrasco, 1994). Los conflictos por la permanencia de la milicia en la villa tuvieron una diferente idiosincrasia: por los intentos de los gobernadores de imponer la disciplina militar sobre los vecinos; por la intromisión de los gobernadores en el gobierno municipal, arrogándose el derecho a disponer sobre los alojamientos de los soldados; por las órdenes y determinaciones de los gobernadores, contrarias a los intereses económicos de la hacienda municipal, y así sucesivamente. Sin embargo, aunque la presencia del ejército y la Corte de Felipe IV en Zaragoza, para estar cerca de las operaciones que podían lanzarse desde Fraga, atrajo un importante flujo monetario procedente de Castilla hacia el reino aragonés, todo parece indicar que la introducción de la moneda acuñada en la ceca americana del Potosí, en Perú, y conocida en Aragón como «perulera», descompensó los beneficios que podían haberse seguido de la entrada de dinero castellano con motivo del conflicto catalán (Berenguer Galindo, 1998).

Los efectos del conflicto en los valles aragoneses también terminó por esquilmar buena parte de las haciendas municipales altoaragonesas como puede contemplarse en numerosos ejemplos. Para sufragar el servicio ofrecido en las Cortes de 1645 y 1646, los distintos municipios altoaragoneses acumularon retrasos en el pago de sus obligaciones, según la nueva fogueación, situación que se había manifestado con el anterior servicio de 1626 (Colás y Salas, 1975). La ciudad de Jaca, clave en el dispositivo defensivo del Pirineo, ofrece un buen ejemplo en las dos décadas que transcurren entre 1640 y 1660. A finales del siglo XVII, la reorganización de la vida municipal jacetana pasaba, en buena parte, por el saneamiento de su delicada situación económica. Por ello, sus negativas a efectuar otras aportaciones a finales de la centuria se debían, entre otras razones, al grado de endeudamiento concejil y a las deudas pendientes con sus acreedores, incrementadas en un 65% en los últimos años, y que la obligaban a la firma de una concordia (Sanz Camañes, 1997a: 221). Una situación que se haría extensible a la mayor parte de las haciendas concejiles aragonesas durante la segunda mitad del siglo XVII (Salas Ausens, 1992).

Las consecuencias en los valles aragoneses fronterizos con Francia fueron mayores en el terreno mercantil entre unos pueblos a los que el Pirineo nunca había separado. Los intercambios comerciales habían puesto especial énfasis en el trasiego de las lanas de Segovia y de Andalucía dirigidas hacia Francia. La lana, leña, aceite y sal eran las producciones principales que transportadas en mulas atravesaban los Pirineos hacia el lado francés. Desde Francia, salían trigo, vino y otras mercancías, cada quince días, sin olvidar la destacada importación de mulas tan necesarias para el comercio de Aragón (Poujade, 2000). La existencia de derechos de paso al atravesar los valles siempre contó con la oposición de comerciantes y mercaderes, derivando en ciertos conflictos con los *taulers*, o funcionarios de la Generalitat catalana, dada la existencia de privilegios inmemoriales, concedidos tanto por los monarcas españoles como franceses, a los habitantes de los valles aragoneses.

Tampoco debemos olvidar las repercusiones del conflicto sobre diversos aspectos de la vida cotidiana, usos y costumbres, no faltando datos que nos aproximen

al quehacer diario de un microcosmos rural en las montañas cuya mayor ocupación humana se dedicaba, por vocación, al pastoreo, ignorando la propia «frontera política» (Poujade, 1998). Por tanto, los pastos, el bosque y el agua se convierten en bienes comunales que no pueden ser fácilmente delimitados, correspondiendo su usufructo a las comunidades pastoriles, que alcanzan en virtud de sus intereses una serie de pactos de buena vecindad, cartas de paz o pacerías, basados en privilegios de origen muy antiguo, que sirvieron para regular el disfrute de las praderas y de otros bienes comunales de las comunidades pastoriles limítrofes, desde Comminges y Couserannes, en el lado francés, a las poblaciones aragonesas y catalanas, en el español.

En el ámbito cultural y patrimonial de estas poblaciones, contamos quizás con mayor número de testimonios como los de fray Ginto, un franciscano de Monzón, o el padre Faci, un carmelita de La Codoñera, que nos narran los saqueos cometidos en las poblaciones de la zona, con robos en las iglesias católicas de los ornamentos de plata y otros objetos de valor dedicados al culto (Sanz Camañes, 2001). Nos detenemos aquí, porque la serie de ejemplos que podríamos citar sería interminable. Con arreglo a la normativa católica, este tipo de acciones militares constituía un sacrilegio, y más aún cuando las palabras de «francés» y «hugonote» servían para explicar este tipo de injustificables actuaciones. La codicia de los soldados, se manifestaba en la obtención del botín adquirido sobre los bienes apresados en la guerra justa. Tras el ansia de botín de los soldados, una vez conseguida la victoria, se daba rienda suelta al saqueo y la rapiña, en ocasiones con una voracidad e inmoralidad hasta entonces desconocida.

En consecuencia, la recuperación de la soberanía española de las poblaciones aragonesas fronterizas con el Principado catalán, supuso la reordenación de su vida política, económica y social aunque tardase algunos años en llegar. En buena parte de estas «poblaciones de frontera» se debió esperar hasta la década de 1650 para la formación de sus gobiernos municipales. En otros terrenos, como el socio-económico, todavía se tardaría en recuperar el pulso de su vida cotidiana, con la articulación de los habituales contactos comerciales y su desarrollo en el entorno rural.

A modo de epílogo

Como hemos pretendido reflejar en esta aportación sobre el papel de la frontera, el poder y la milicia en la España Moderna aunque con claras referencias a la situación de las poblaciones de la frontera catalano-aragonesa en tiempos de guerra, la convivencia y la vecindad fronteriza se mantuvo entre franco-catalanes y aragoneses a pesar de las delicadas circunstancias que se vivieron durante el siglo XVII. Los factores de exclusión existentes con respecto a la comunidad francesa en Aragón quedaron circunscritos a su número, sus rasgos exteriores, la religión protestante que profesaban y el llamado particularismo francés, es decir, el cultivo con orgullo de su distinto origen, todo ello sin olvidar las difíciles relaciones políticas hispano-galas como telón de fondo. La aparición de distintas situaciones producidas entre ambas comunidades no pueden llevarnos a pensar en la exis-

tencia de un sentimiento generalizado de francofobia, salvo que observemos todos estos hechos desde una perspectiva unilateral. Del análisis de las fuentes disponibles tampoco se puede defender la hipótesis de una tendencia antifrancesa o xenófoba en Aragón.

Por otra parte, las medidas políticas tomadas en Madrid contaron con numerosos problemas para su aplicación en Aragón. La praxis económica se sostenía en el saneado recurso de las generalidades, algo más inestable desde las décadas centrales del siglo XVII, y cuyo producto resultaba fundamental no sólo para el mantenimiento de la escasa burocracia aragonesa sino para subvenir a los acuerdos aprobados en Cortes en relación al servicio. Las consecuencias de las políticas de corte prohibicionista, con medidas preventivas y un exhaustivo control de la frontera, dieron como resultado un claro menoscabo del servicio a la Corona, dado que la repercusión económica sobre la recaudación siempre tenía el efecto inminente en el pago del servicio, y siendo insuficiente la renta destinada al mismo, el siguiente paso derivaba en la reducción de la tropa a mantener. Por lo que, ironías del destino, el mantenimiento comercial de los pasos con Francia, se hacía necesario para que el reino dispensase la ayuda acordada a la Monarquía y destinase sus recursos a la lucha contra aquellos naturales.

Las posturas encontradas sobre la colonia francesa en Aragón, como hemos tenido ocasión de exponer, estuvieron determinadas tanto por la activa presencia mercantil y el intercambio comercial Aragón-Francia como por la agresiva política intervencionista francesa en Cataluña y en Aragón entre 1641 y finales de siglo. Los inmigrantes franceses sufrieron las represalias de sus bienes en varios momentos pero hubo voces levantadas en su favor en todas estas ocasiones buscando alguna excepcionalidad a la aplicación de estas medidas en Aragón. De hecho, como señalaba el virrey de Aragón en carta al rey en 1635, tras proclamarse el embargo de los bienes de los franceses, intentando se exceptuase su aplicación en el reino: «Son en este Reyno tan necesarios los franceses que vienen a ser forzosos para vivir los naturales y que la falta de los que se han ydo los tiene muy afligidos.»

En la época moderna, podían seguir existiendo límites aunque las fronteras eran las que ejercían una mayor influencia sobre el espacio y las poblaciones. La justicia delimitaba muy bien el área de acción de un poder concreto; la soberanía, es decir, el reconocimiento de la alteridad y, por tanto, el respeto de la identidad del «otro», fijaban el reconocimiento legal. Ya fuese en el ámbito terrestre o en el marítimo, fronteras, poder y milicia iban tan interrelacionados que podían generar, al mismo tiempo —tal como hemos señalado a lo largo de este estudio— procesos identitarios, entornos de fricción y confrontación, o simplemente espacios de convivencia, solidaridad e interdependencia local.

Bibliografía citada

- ALONSO ACERO, B. (2000). *Orán-Mazalquivir, 1589-1639: una sociedad española en la frontera de Berbería*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- ALLIÈS, P. (1980). *L'invention du territoire*. Grenoble: Presses Universitaires de Grenoble.

- ANDERSON, B. (1983). *Imagined Communities: Reflections on the Origins and Spread of Nationalism*. London y New York: Verso.
- ANZALDÚA, G. (1987). *Borderlans/La Frontera: The New Mestiza*. San Francisco: Aunt Lute Books.
- ARMILLAS, J. A.; SANZ, P. (1996). «El municipio aragonés en la Edad Moderna: Zaragoza, caput regni». En: BERNARDO ARES, J. M. DE; MARTÍNEZ RUIZ, E. (eds.). *El municipio en la España moderna*. Córdoba: Universidad, p. 43-72.
- ARMSTRONG, J. (1982). *Nations before Nationalism*. CHAPEL HILL, N. C.: The University of North Caroline Press.
- ARRIETA ALBERDI, J. (1995). *El Consejo Supremo de la Corona de Aragón (1494-1707)*. Zaragoza: Institución «Fernando el Católico».
- ASSIER-ANDRIEU, L. (1997). «Frontières, culture, nation». *Revue Européene des Migrations Internationales*, 13:3. p. 29-46.
- ASSO, I. DE (1798). *Historia de la economía política de Aragón*. Prólogo e índice de J. M. Casas Torres. Edición facsimilar. Zaragoza, 1947.
- BEAUNE, C. (1986). *Naissance de la nation France*. París: Gallimard.
- BENIGNO, F. (1994). *La sombra del rey. Validos y lucha política en la época del siglo xvii*. Madrid: Alianza Editorial.
- BEHAR, R. (1993). *Translated Woman: Crossing the Border with Esperanza's Story*. Boston: Beacon Press.
- BERNARDO ARES, J. M. de (1999). «El gobierno del rey y del reino. La lucha por el poder desde la perspectiva municipal». En: BERNARDO ARES, J. M. DE; GONZÁLEZ BELTRÁN, J. M. (eds.). *La administración municipal en la Edad Moderna*. Cádiz: Fundación Española de Historia Moderna. vol. II. p. 25-49.
- BERENGUER GALINDO, A. (1998). *Censal mort: historia de la deuda pública del concejo de Fraga (siglos xiv-xviii)*. Huesca: Instituto de Estudios Altoaragoneses.
- BOGGS, S. W. (1940). *International Boundaries: a study of Boundary functions and problems*. New York: Columbia University Press.
- BUNES IBARRA, M. A. (1989). *La imagen de los musulmanes y del norte de África en la España de los siglos xvi y xvii: los caracteres de una hostilidad*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- BUNES IBARRA, M. A. (1998). «El mundo mediterráneo y los turcos». En: RIBOT GARCÍA, L.; BERENGUER CEBRIÁ, E. (coords.). *Las sociedades ibéricas y el mar a finales del siglo xvi*. Madrid: Sociedad Estatal Lisboa'98. Vol. III. p. 191-212.
- BÜSCHGES, CH.; LANGUÉ, F. (coords.). (2005), *Excluir para ser. Procesos identitarios y fronteras sociales en la América hispánica (siglos xvii-xviii)*. Madrid: AHILA.
- CALDERÓN Y SALDÍVAR (comp.) (1991). *Criticism in the Borderlans*.
- CAMÓN AZNAR, J. (1959). «La situación military en Aragón en el siglo xvii». *Revista de Historia Jerónimo Zurita*, 8-9. Zaragoza. También en *Revista de Historia Militar*. Año XIV. núm. 29 (1970).
- COHEN, A. P. (1986). *Symbolizing Boundaries: Identity and Diversity in British Cultures*. Manchester: Manchester University Press.
- COLÁS LATORRE, G.; SALAS AUSENS, J. A. (1975). «Las Cortes de 1626: el voto del servicio y su pago», *Estudios*, Departamento de Historia Moderna. Zaragoza. p. 87-139.
- COLÁS LATORRE, G.; SALAS AUSENS, J. A. (1982). *Aragón en el siglo xvi. Alteraciones sociales y conflictos políticos*. Zaragoza: Universidad de Zaragoza.
- COLLINS, J. B. (1988). *Fiscal limits to Absolutism*. Berkeley: University Press.
- CORTÉS CORTÉS, F. (1985). *El Real Ejército de Extremadura en la guerra de la Restauración de Portugal (1640-1668)*. Cáceres: Universidad de Extremadura.

- DADSON, T. J. (1987). «La defensa de Aragón en 1625 y el papel desempeñado en su planificación por don Diego de Silva y Mendoza, conde de Salinas». *Revista de Historia Jerónimo Zurita*, núm. 55. Zaragoza. p. 105-137.
- DOMÍNGUEZ ORTÍZ, A. (1984). *Crisis y decadencia de la España de los Austrias*. Barcelona: Ariel.
- DORMER, D. J. (1684). *Discursos históricos-políticos sobre lo que se ofrece tratar en la Junta... que el Rey ha mandado congregar*, Zaragoza. Edición facsimil, Zaragoza, 1989.
- ECHEVARRÍA BACIGALUPE, M. A. (1998). *Flandes y la monarquía hispánica, 1500-1713*. Madrid: Sílex ediciones.
- EDELMAYER, F. (2004). «El sistema defensivo de los Austrias en Hungría y Croacia en el siglo XVI». En: TORO CEBALLOS, F.; RODRÍGUEZ MOLINA, J. (coords.). *Funciones de la red castral fronteriza: homenaje a Don Juan Torres Fontes*. Alcalá la Real (Jaén): Ayuntamiento. p. 161-168.
- ESPAÑOL MUZAS, I. (1954). *Historia de Binaced*. Huesca: Instituto de Estudios Altoaragoneses.
- ELLIOTT, J. H. (1982). «El programa de Olivares y los movimientos de 1640». En: TOMÁS Y VALIENTE, F. (dir.). *La España de Felipe IV*. Historia de España de Ramón Menéndez Pidal. T. XXV. Madrid: Espasa-Calpe. p. 333-523.
- ELLIOTT, J. H. (1984). *Richelieu y Olivares*. Barcelona: Crítica.
- ELLIOTT, J. H. (1985). «Poder y propaganda en la España de Felipe IV». En: Iglesias, M.C. et al. (dir.). *Homenaje a José Antonio Maravall*. Madrid: vol. II. p. 15-42.
- ELLIOTT, J. H. (1990). *El Conde Duque de Olivares: el político en una época de decadencia*. Barcelona: Crítica.
- ELLIOTT, J. H. (ed.). (1992). *1640: La monarquía hispánica en crisis*. Barcelona: Crítica.
- ELLIOTT, J. H. (2002). «Una Europa de monarquías compuestas». En: ELLIOTT, J. H.; BENÍTEZ SÁNCHEZ-BLANCO, R., (eds.). *España en Europa. Estudios de historia comparada*. Valencia: Universitat. p. 65-91.
- ESPINO LÓPEZ, A. (2001). *Guerra y Cultura en la Época Moderna*. Madrid: Ministerio de Defensa.
- Estudios de Frontera. Funciones de la red castral fronteriza* (2003). V Estudios de Frontera. Introducción de Juan Torres Fontes. Jaén.
- EZQUERRA, R. (1934). *La conspiración del duque de Híjar (1648)*. Madrid: Borondo.
- FERÓS, A.; GELABERT, J. (dirs.). (2004). *España en tiempos del Quijote*. Madrid: Taurus.
- FAWCETT, C. B. (1918). *Frontiers, a study in political geography*. Oxford: Clarendon Press.
- FELIPO ORTS, A. (1988). *El centralismo de nuevo cuño y la política de Olivares en el País Valenciano*. Valencia: Universitat.
- FERRER JUANDÓ, M. (2001). «El Roselló i la monarquia francesa (1659-1721): Guerres, resistència, identitats», *Del patriotisme al catalanisme. Societat i política (segles XVI-XIX)*. Vic: Eumo.
- FOUCHER, M. (1987). *L'invention des frontières*. París: Fondation pour les études de défense nationale.
- GALLÁSTEGUI UCÍN, F. J. (1990). *Navarra a través de la correspondencia de los virreyes (1598-1648)*. Pamplona: Gobierno de Navarra.
- GASCÓN PÉREZ, J. (ed.). (2003). *La rebelión de las palabras. Sátiras y oposición política en Aragón (1590-1626)*. Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza.
- GASCÓN PÉREZ, J. (2008). *Aragón en la Monarquía de Felipe II. Historia, pensamiento y oposición política*. Zaragoza: Rolde de Estudios Aragoneses. 2 vols.
- GELABERT, J. E. (1997). *La bolsa del rey. Rey, reino y fisco en Castilla (1598-1648)*. Barcelona: GELLNER, E. (1988). *Nación y nacionalismo*. Madrid: Alianza.

- GIL PUJOL, X. (1990). «Olivares y Aragón». En: ELLIOTT, J. H.; GARCÍA SANZ, Á., (coords.): *Actas del Simposium de Toro sobre la España del conde duque de Olivares*, Valladolid, p. 577-596.
- GIL PUJOL, X. (1992). «Conservación y defensa como factores de estabilidad en tiempos de crisis: Aragón y Valencia en la década de 1640». En: ELLIOTT, J. H. (ed.): *1640: La monarquía hispánica en crisis*. Barcelona: Crítica: p. 44-101.
- GIL PUJOL, X. (2001). «Constitucionalismo aragonés y gobierno habsburgo: los cambiantes significados de libertad». En: KAGAN, R. L.; PARKER, G. (eds.). *España, Europa y el mundo atlántico*. Homenaje a J.H. Elliott. Madrid: p. 217-249. La versión original (1995): «Aragonese Constitutionalism and Habsburg rule: the varying meaning of liberty». En: KAGAN, R. L.; PARKER, G. (eds.). *Spain, Europe and the Atlantic World. Essays in Honour of John H. Elliott*. Cambridge: University Press. p. 160-187.
- GÓMEZ ZORRAQUINO, J. I. (1987). *La burguesía mercantil en el Aragón de los siglos XVI y XVII (1516-1652)*. Zaragoza: Diputación General de Aragón.
- GONZÁLEZ ALONSO, B. (1989). «El Conde duque de Olivares y la administración de su tiempo». *Anuario de Historia del Derecho Español*. núm. 59. p. 5-48.
- GOTTMAN, J. (1973). *The Significance of Territory*. Richmond, Va: The University Press of Virginia.
- GRACIA RIVAS, M. (1992). *La invasion de Aragón en 1591. Una solución militar a las alteraciones del Reino*. Zaragoza: Diputación General de Aragón.
- GRIMSON, A. (2000). «¿Fronteras políticas versus fronteras culturales?». En: GRIMSON, A. (comp.): *Fronteras, naciones e identidades*. Buenos Aires: CICCUS-La Crujía.
- GUICHONNET, P.; RAFFESTIN, C. (1974). *Géographie des frontières*. París: Collection SUP.
- HICKS, E. (1991). *Border Writing: The Multidimensional Text*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- HOBBSBAWM, E. J. (1991). *Naciones y nacionalismo desde 1780*. Barcelona: Crítica.
- JANÉ CHECA, O. (2001). «Aspectes de la relació identitària de Catalunya amb França a l'època de Lluís XIV». *Manuscripts*, Universitat Autònoma de Barcelona. núm. 19. p. 103-136.
- JANÉ CHECA, O. (2006). *Catalunya I França al segle XVII. Identitats, contraidentitats i ideologies a l'època moderna (1640-1700)*. Catarroja - Barcelona: Editorial Afers.
- JARQUE MARTÍNEZ, E. (1986). «Monarquía y poder urbano en Aragón (1487-1565)». *Estudios*, Departamento de Historia Moderna. Zaragoza. núm. 85-86. p. 79-104.
- JARQUE MARTÍNEZ, E. (1993). «El precio de la fiscalidad real: poder monárquico y oligarquía municipal en Zaragoza, 1628-1650». En: FORTEA, J. I.; CREMADES, C. (eds.). *Fiscalidad en la España del Antiguo Régimen*. Murcia: Asociación Española de Historia Moderna. Vol. I. p. 333-342.
- JARQUE MARTÍNEZ, E. (2007). *Zaragoza en la monarquía de los Austrias. La política de los ciudadanos honrados (1540-1650)*. Zaragoza: Institución «Fernando el Católico».
- JARQUE MARTÍNEZ, E.; SALAS AUSENS, J. A. (1992). «Señorío y realengo: la conflictividad territorial en el Aragón de la Edad Moderna». En: *Señorío y Feudalismo en la Península Ibérica*. Zaragoza: Institución «Fernando el Católico». t. IV. p. 227-242.
- JOHNSON, D. E.; MICHAELSEN, S. (2003). «Los secretos de la frontera: una introducción». En: MICHAELSEN, S.; JOHNSON, D. E. (comp.), *La teoría de la frontera. Los límites de la política cultural*. Barcelona: Gedisa.
- KOHN, H. (1984). *Historia del Nacionalismo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- LATTIMORE, O. (1967). *Studies in Frontier History*. Oxford: Oxford University Press.
- MAISO GONZÁLEZ, J. (1975). «La coyuntura económica de Aragón a mitad del siglo XVII, el motín contra los valones». *Cuadernos de Investigación de Geografía e Historia*, núm. 1. Logroño. p. 91-108.

- MOLAS RIBALTA, P. (1996). *Catalunya i la casa d'Austria*. Barcelona: Curial.
- NORDMAN, D. (1998). *Frontières de France, de l'espace au territoire (xvi^e- xix^e siècles)*. París: Gallimard, Bibliothèque des Histoires.
- OLIVEROS DE CASTRO, M. T. (1964). *Historia de la ciudad de Monzón*. Zaragoza: Institución «Fernando el Católico».
- OTERO CARRASCO, F. (1994). *La vila de Fraga al Segle xvii*. Fraga: Instituto de Estudios del Baix Cinca-Instituto de Estudios Altoaragoneses.
- PARKER, G. (1986). *El ejército de Flandes y el camino español, 1567-1659: la logística de la victoria y derrota de España en las Guerras de los Países Bajos*. Madrid: Alianza.
- PARKER, G. (1990). *La revolución militar. Las innovaciones militares y el apogeo de Occidente, 1500-1800*. Barcelona: Crítica.
- PÉREZ COLLADOS, M. A. (1993). *Una aproximación histórica al concepto jurídico de nacionalidad (la integración del reino de Aragón en la Monarquía hispánica)*. Zaragoza: Institución Fernando el Católico.
- PLADEVALL FONT, A.; SIMON TARRÉS, A. (1986). *Guerra i vida pagesa a la Catalunya del segle xvii*. Barcelona: Curial.
- POUJADE, P. (1998). *Une vallée frontière Dans le Grand siècle. Le Val d'Aran entre deux monarchies*. Aspet: Pyrègraph.
- POUJADE, P. (2000). «Conflictualité, solidarités et relations frontalières dans les Pyrénées (v. 1550-v. 1650)». En: VV.AA. *Tolérance et Solidarités Dans les Pays Pyrénéens*, Actes del Col·loqui de Foix pel IV Centenari de l'Edicte de Nantes, Archives Départementales de l'Ariege, Saint-Girons. p. 431-447.
- PRESCOTT, J. R. V. (1965). *The Geography of frontiers and boundaries*. London: Hutchinson University Library.
- RANUM, O. (1975). *National Consciousness, History and Political Culture in Early Modern Europe*. Baltimore-Londres: The Johns Hopkins University Press.
- REDONDO VEINTEMILLAS, G. (1977). «El siglo xvii zaragozano: crisis en la hacienda municipal». En: *Estudios*. Departamento de Historia Moderna. Zaragoza. p. 109-140.
- RIBOT GARCÍA, L. (2002). *La monarquía de España y la Guerra de Mesina (1674-1678)*. Madrid: Actas.
- RILOVA JERICÓ, C. (1999). «*Marte Cristianísimo*». *Guerra y Paz en la frontera del Bidasoa (1661-1714)*. Irún y Hondarribia: Ediciones del Ayuntamiento.
- ROSALDO, R. (1989). *Culture and Truth: The Remarkings of Social Analysis*. Boston: Beacon Press.
- RUÍZ MARTÍN, F. (1990). *Las finanzas de la Monarquía hispánica en tiempo de Felipe IV (1621-1665)*. Madrid: Ariel.
- SAHLINS, P. (1989). *Boundaries. The Making of France and Spain in the Pyrenees*. University of California Press.
- SALAS AUSENS, J. A. (1981). *La población en Barbastro en los siglos xvi y xvii*. Zaragoza: Institución «Fernando el Católico».
- SALAS AUSENS, J. A. (1992). «Las haciendas concejiles aragonesas en los siglos xvi y xvii, de la euforia a la quiebra». En: VV.AA. *Poder político e instituciones en la España Moderna*. Alicante: Instituto de Estudios Juan Gil Albert. p. 9-66.
- SANABRE, J. (1956). *La acción de Francia en Cataluña, en pugna por la hegemonía de Europa (1640-1659)*. Barcelona: Sala Badal.
- SANABRE, J. (1985). *La Resistencia del Roselló a incorporar-se a França*. Barcelona: Trabucaire.
- SANZ AYÁN, C. (1988a). *Los banqueros de Carlos II*. Valladolid: Universidad.

- SANZ AYÁN, C. (1988b). «La problemática del abastecimiento de los ejércitos de Extremadura y Cataluña durante 1652». En: VV.AA. *II Congreso de Historia Militar*. Zaragoza: Publicaciones Estado Mayor del Ejército. pp 221-231.
- SANZ CAMAÑES, P. (1990). «El patrimonio real en Aragón: organización administrativa, rentas y balance (1664-1670)». *Revista de Historia Jerónimo Zurita*, 61-62. Zaragoza. p. 107-138.
- SANZ CAMAÑES, P. (1993) «La contribución económica y militar de la ciudad de Huesca en la Guerra de Cataluña (1640-1652)». *Argensola*, núm. 107. p. 135-172.
- SANZ CAMAÑES, P. (1997a). *Política, hacienda y milicia en el Aragón de los últimos Austrias entre 1640 y 1680*. Zaragoza: Institución «Fernando el Católico».
- SANZ CAMAÑES, P. (1997b). «Municipio, fiscalidad real y empresa militar. Zaragoza y su contribución a la Corona durante el gobierno de los Austrias». En: FERNÁNDEZ ALBALADEJO, P. (coord.). *Monarquía, Imperio y pueblos en la España Moderna*. Alicante: Fundación Española de Historia Moderna. p. 493-505.
- SANZ CAMAÑES, P. (1999). «Algunas reflexiones sobre las condiciones de *natural* y extranjero en el Aragón de finales del siglo XVI». En: PEREIRA IGLESIAS, J. L.; GONZÁLEZ BELTRÁN, J. M. (eds.). *Felipe II y su tiempo*. Cádiz: Universidad y Asociación Española de Historia Moderna. Vol. I. p. 349-360.
- SANZ CAMAÑES, P. (2001). *Estrategias de poder y guerra de frontera. Aragón en la guerra de secesión catalana (1640-1652)*. Zaragoza: CEHIMO.
- SANZ CAMAÑES, P. (2006). «La colonia francesa en Aragón a finales del reinado de Carlos II». En: BERNARDO ARES, J. M. de (coord.). *La sucesión de la monarquía hispánica, 1665-1725 (I). Lucha política en las Cortes y fragilidad económica-fiscal en los Reinos*. Córdoba: Universidad de Córdoba y Servicio de Publicaciones de Cajasul. p. 277-304.
- SESMA, J. A.; ARMILLAS, J. A. (1991). *La Diputación de Aragón*. Zaragoza: Oroel.
- SIMÓN TARRÉS, A. et al. (1992). *1640: La monarquía hispánica en crisis*. Barcelona: Crítica.
- SMITH, A. E. (1982). *The Ethnic Origins of Nations*. Chapel Hill, N. C.: University of North Carolina Press.
- SOLANO CAMÓN, E. (1986). *Ejército y sociedad: la defensa del reino de Aragón en la Edad Moderna (siglos XVI-XVII)*. Zaragoza: Academia General Militar.
- SOLANO CAMÓN, E. (1987). *Poder monárquico y Estado pactista (1626-1652). Los aragoneses ante la Unión de Armas*. Zaragoza: Institución «Fernando el Católico».
- SOLANO CAMÓN, E. (1991). «Significación histórica de Aragón ante la encrucijada de 1640». *Cuadernos de Historia Moderna*, núm. 11. Madrid: Universidad Complutense. p. 131-148.
- SOLANO CAMÓN, E.; SANZ CAMAÑES, P. (1996). «Aragón y la Corona durante el gobierno de los Austrias. Relaciones políticas e institucionales». *Revista Ius Fugit*. núm. 3-4 (1994/1995). Zaragoza. p. 203-243.
- STRADLING, R. A. (1983). *Europa y el declive de la estructura imperial española, 1580-1720*. Madrid: Cátedra.
- STRADLING, R. A. (1984). «Domination and Dependence: Castile, Spain and the Spanish Monarchy». *European History Quarterly*, núm. 14. p. 77-91.
- STRADLING, R. A. (1989). *Felipe IV y el gobierno de España, 1621-1665*. Madrid: Cátedra.
- THOMPSON, I. A. A. (1981). *Guerra y decadencia. Gobierno y administración en la España de los Austrias, 1560-1620*. Barcelona: Crítica.
- TORRES SANS, X. (2002). «Los *sin papeles* y los otros. Inmigraciones francesas en Cataluña (siglos XVI-XVII)». En: PIMENTEL, M. (coord.). *Mediterráneo económico: procesos migratorios, economía y personas*. Almería: Instituto Cajamar. p. 347-361.
- TURNER, F. J. (1991). «El significado de la frontera en la historia americana». Discursio leído en la reunión de la Asociación Histórica Americana en Chicago, el 12 de julio de 1893.

- En: SOLANO, F. DE; BERNABEU, S. (ccod.). *Estudios (Nuevos y Viejos) sobre la frontera*. Madrid: CSIC. p. 9-44.
- VALENZUELA FUERTES, M. C. (1967). «La defensa del Pirineo aragonés durante los Reyes Católicos, Carlos V y Felipe II». *Revista de Historia Jerónimo Zurita*, núm. 19-20. Zaragoza.
- VALLADARES RAMÍREZ, R. (1994). *Felipe IV y la Restauración de Portugal*. Málaga: Algazara.
- VALLADARES RAMÍREZ, R. (1998a). *La rebelión de Portugal: guerra, conflicto y podres en la monarquía hispánica (1640-1680)*. Valladolid: Junta de Castilla y León.
- VALLADARES RAMÍREZ, R. (1998b). *La Guerra olvidada: Ciudad Rodrigo y su comarca durante la Restauración de Portugal (1640-1668)*. Ciudad Rodrigo: Ayuntamiento de Ciudad Rodrigo.
- VILLARI, R. (1994). *La Rivolta antispagnola a Napoli: le origini (1585-1647)*. Roma-Bari: Laterza.
- WILSON, Th.; HASTINGS, D. (eds.). (1998). *Border Identities*. Cambridge: Cambridge University Press.